

Tita, la leyenda; una semblanza

*Amalia Attolini**

Tita, la leyenda, nace en los fabulosos años veinte en México Tenochtitlan, a pesar suyo. En su casa del todavía porfiriano Paseo de la Reforma se comía con cubiertos de plata. Tita, la rebelde, única en su especie, estudia en un secundaria oficial a donde llega con chofer uniformado y a quien despide una calle antes de la escuela. Tita, la que ama la aventura, líder de las guías, la llaman Baguira, la pantera de los ojos azules que vigila en medio de “California”, un gran llano de la colonia Del Valle.

Tita, la ingenua que se asombra con las uñas pintadas de su prima. Tita, la siempre niña, tiene la capacidad de gozar con las cosas pequeñas como las cajitas, las tarjetas postales o ese maravilloso mundo que guardan las papelerías. Tita, la que se sabe diferente, la que rompe con patrones establecidos, la irreverente, es mandada por su padre a Canadá para estudiar administración y hacerse cargo de las empresas familiares.

Allá sabe del frío, del dolor y la soledad. Tita, en contra de la corriente, como siempre ha hecho, regresa a México y se casa con el padre de su primer hijo. Tita, la intrépida, embarazada de “Micharly” conduce autos de carrera, y poco antes de nacer “Mideby” salta obstáculos con su caballo.

Tita, la que mete la mano al destino, proyectada para ser doña Beatriz Braniff de... decide ser nuestra Tita, la arqueóloga; empieza a estudiar en la vieja escuela de Moneda 13, donde en sus cuatro salones convive con sus compañeros: Navarrete, Stavenhagen, Yolotl González, Iker Larrauri, Alicia Olivera, Beatriz Barba, Mario Vázquez, Leonel Durán y otros que se me escapan.

Subyugada, aprende de los maestros Bernal, Martínez del Río, Bosch Gimpera, Jiménez Moreno, Barbro Dahlgren, Kirchhoff, Lorenzo, Piña Chan, Cámara, Vivó Dávalos y especialmente de Armillas.

Tita, la maestra generosa que nos brinda ideas, casa, sapiencia, buena cocina, la que incita a pensar, la que no permite trampas, protagonista de mil batallas académicas; qué placer verla levantar la mano en algún congreso, pararse, dejar sus papeles en la silla y, ahora sí, agárrese el que pueda. Tita, la que comparte y reconoce el trabajo de los demás. Tita, la disciplinada, la que inicia su ritual de trabajo a las cuatro de la mañana. Tita, la que no claudica, quien con su sola presencia es una afrenta para aquellos seres menores, narcointelectuales rigidos por estrecheces burocráticas.

Tita, la arqueóloga, la científica rigurosa, la de la excavación impecable, señora del desierto, dueña del norte. Tita, la gran chichimeca.

Tita, la madre, amorosa, tierna con su Deby, su florecita. Tita, la mujer bella, Tita, la intensa, la que se da. Tita, la que rompió esquemas y abrió brecha. Tita, la pionera incansable, quien empre-

* Dirección de Ethnohistoria-INAH.

Texto publicado en *Memorias del Coloquio Nómadas y Sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff*, Marie-Aretie Hers. José Luis Mirafuentes, Marla Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.), México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 2000.

de nuevas arqueologías, nuevos caminos, nuevas vidas. Tita, la que hoy mismo inicia, cual si fuera la primera, otra aventura fuera de sus dominios.

Tita, la amiga, la del afecto permanente, cercano. La que siempre está. Tita, la amiga entrañable.

Tita, la nómada, la que un día desmontó su casa, metió toda una vida y sus perros en una camioneta y se echó a andar rumbo al desierto.

Tita, la jinete, la que monta a la vida, y la monta a pelo. Tita, que se ha saltado todas las trancas.

Tita, la mujer, Tita, la indomable, la que no transige aun a riesgo de despertar sola cada mañana. Tita, el escándalo, de la que se han enamorado muchos, tocada por pocos. Tita, la bella, la que juntó y desjuntó su vida con amados hombres. Tita, la cálida, fuerte y amorosa. Tita, la incorruptible, la honesta, la vital. Tita, la que no se somete, la indómita, que se ha trepado a avionetas, coches de carreras y a la vida. Tita, la que rompe tabúes. Tita, la que no hace concesiones, la subversiva y polémica.

Tita, la del corazón de turquesa, señora del desierto. Tita, la leyenda.

Tita, la amada Tita, es un privilegio de todos haberte conocido.

